

EL DR. JORGE JUAN RONCO QUE YO CONOCÍ.

Corría el año 1959. Ya cercano el fin de año yo no daba ni el más mínimo indicio acerca de mi vocación. Mis padres comenzaron a preocuparse.

En esos días el Dr. Ronco visitó a su hermano, que era vecino de mi casa paterna, y nos cruzamos en la vereda. Entonces me animé a consultarlo acerca de si en la UNLP se dictaba la carrera de Ingeniería Química y él, indisimulada y gratamente sorprendido por mi pregunta, me contestó que sí, que era una carrera con mucho futuro y se **explayó con entusiasmo. Y me entusiasmó.**

Años más tarde supe que por ese entonces la Ingeniería Química en La Plata recién estaba “gateando” pues había nacido por decreto del Poder Ejecutivo Nacional apenas unos 6 años atrás y quien precisamente **estaba empujándola por un camino novedoso era el Dr. Jorge Juan Ronco y** que, lejos de copiarse de los planes de estudio que la carrera tenía en la Universidad Nacional del Litoral, la estaba perfilando como una de las carreras con planes de estudio más modernos de entre todas las versiones que se iban desarrollando lentamente en el resto de las universidades nacionales.

Durante su prolongada e incansable dedicación a la enseñanza y la investigación básica y aplicada, sembró ideas y discípulos por toda la geografía del país. Condujo un proceso que luego se comprobó histórico porque produjo un salto cuali y cuantitativo enorme en la formación de profesionales de la Química Industrial y de la Ingeniería Química en al Argentina.

Con una gran generosidad señaló líneas de investigación que permitieron la rápida inserción de nuestros egresados en la carrera del investigador del CONICET y luego de la CICBA.

Desde todas las posiciones que ocupó gestionó y brindó apoyo económico a grupos de investigación de todo el país y logró, en vida, que las Ciencias de la Ingeniería Química alcanzaran niveles de excelencia en todas las instituciones académicas que confiaron en sus ideas.

Durante los tres últimos años de la carrera pasamos muchas horas atendiendo clases teóricas y ejecutando prácticas de laboratorio y semi-industriales en las “catacumbas” de la Facultad de Química y Farmacia donde el Dr. Ronco había logrado armar un ámbito muy especial, una especie de laboratorio experimental de enseñanza-aprendizaje-investigación. El “Sótano”, otro de los apodos con los que había sido bautizado, fue un ámbito prolífico donde se logró establecer una comunicación sin parangón entre alumnos, docentes, investigadores y personal auxiliar que era la envidia de otras carreras.

Las ideas que el Dr. Ronco imprimió a la Ingeniería Química en Argentina quedaron consagradas por los hechos. Una apreciable proporción de ingenieros químicos egresados de las escuelas nacidas al amparo de esta política de formación de recursos humanos, se

destacó tanto en el ejercicio de la profesión como en el campo de la investigación científica.

Yo tengo una deuda de gratitud con el Dr. Ronco dado que él apoyó mi incorporación a la vida académica cuando, recién recibido, fui invitado por el Ing. Miguel de Santiago, a la sazón, Jefe de la División de Ingeniería Química del Dpto. de Mecánica de la Facultad de Ciencias Fisicomatemáticas de la Universidad Nacional de La Plata, a incorporarme con dedicación exclusiva al incipiente núcleo de investigadores en *Ingeniería y Control de Procesos*, un área de las Ciencias de la Ingeniería Química. Fue el paso más importante de mi vida profesional. Hoy, a casi 50 años de ese momento, sigo experimentando en cada uno de los problemas que resuelvo el valor de aquella formación recibida.

Hasta donde yo recuerdo no conocí a nadie que criticara los métodos de Ronco, un tanto directos y expeditivos pero siempre apuntando al beneficio de alguien, fuera o no ajeno al grupo de colaboradores y seguidores de sus ideas. Con plena conciencia que su gran proyecto no podía descansar en las pocas áreas de la especialidad de las que él podía hacerse cargo, inició desde muy temprano la preparación de quienes debían ir haciendo punta en las distintas áreas de la Ingeniería Química Moderna. Ayudó a quienes aceptaron el desafío con todos los recursos a su alcance y a quienes respondieron con creces y se convirtieron en los profesores punteros del nuevo evangelio de la Ingeniería Química, los apoyó incondicionalmente para que pudieran consolidar sus cátedras tanto en lo material como en la formación de personal docente auxiliar, buenos egresados iniciándose en la investigación, etc.

A partir de 1969/70 comenzó un claro proceso de creciente politización de la Universidad y la actuación de grupos violentos le hicieron temer por la continuidad de los grupos de investigación que habían crecido con su apoyo. Fue entonces que decidió dirigir sus mejores esfuerzos a la preservación y consolidación de los mismos a través de la política de creación de centros de investigación dependientes primariamente del CONICET. Fue así que en el año 1972 se crearon en La Plata el CINDECA, el CINDEFI y el CIDCA y, algo después, el CETMIC. En esos años, desde las Comisiones asesoras del CONICET apoyó la creación de otros institutos y la realización de actividades de capacitación en administración de institutos de investigación.

Esta política de sustraer a los investigadores del ámbito universitario (varios centros funcionaban en inmuebles propios ubicados fuera de la jurisdicción universitaria) fue objeto de críticas severas. Sin embargo, el balance efectuado años después, dejó en claro que gracias a ella se pudo sobrellevar un período de fuerte crisis en la Universidad Argentina, protegiendo la actividad científica y el enorme capital humano de profesores e investigadores científicos.

En el año 1976 fue dejado cesante en la Universidad. Su única preocupación en ese momento era el efecto que podría causar en la moral de los investigadores jóvenes al ver que él con todos sus esfuerzos y trabajos era dejado irrespetuosamente de lado.

La política afectó profundamente las estructuras universitarias pero el Dr. Ronco, aun habiendo sufrido las consecuencias más dolorosas del gobierno militar surgido del 24 de marzo de 1976, siguió trabajando intensamente por sus convicciones desde el puesto de lucha que le fue permitido ocupar, manteniendo siempre ese entusiasmo y esa seguridad en que finalmente lograría sus objetivos, cualidades que contagiaba a sus discípulos y que los mantenía activos.

Claro que él no dejó de luchar. Su ingreso al CONICET le sirvió de soporte para no bajar los brazos.

Se jubiló tempranamente. Esto que parecía una capitulación, el inicio de una época de descanso, no fue así. Sólo fue una estrategia para promover la investigación tecnológica con mayor libertad. Dejó sus inquietudes científicas a sus colaboradores que habían tenido las mejores oportunidades de capacitarse y el continuó con entusiasmo trabajando en política científica, arreglando entuertos, y desarrollando nuevas políticas y proyectos.

Desde la SECYT promovió el Programa Nacional de Petroquímica, desarrolló estudios sectoriales de Petroquímica con el IPA, promovió el Programa de Química Fina, creó el Comité Nacional de Catálisis, CONACA, que coordinaba el trabajo de los grupos de investigación en ese campo de todo el país, etc., etc.

El Dr. Ronco falleció en La Plata el 3 de Octubre del 2001.

El Dr. Jorge Juan Ronco fue, una figura de características únicas dentro del ámbito de la ciencia y tecnología nacional. Fue un renovador de los conceptos básicos de la tecnología y la Ingeniería Química y un propulsor infatigable de la investigación científica y tecnológica en dichos campos. Su actividad la desarrolló con una generosidad sin límites, apoyando a todos quienes quisieron desarrollar sus inquietudes en el campo de la investigación, en cualquier lugar del país.

El Ing. Mario A. Remetín dijo: *“La vida profesional de Jorge Ronco constituye una magnífica síntesis acerca de la profunda interacción que debe sustentar el adecuado equilibrio entre las actividades de investigación y la docencia. Los pilares educativo y científico-tecnológico constituyen el basamento de la sociedad del conocimiento y, en ambos Jorge Ronco fue un líder, un pionero y un fino artesano”*

Walter Lippmann (Escritor y Periodista – USA) escribió en 1945: *“Un líder finalmente se prueba cuando deja tras sí a otros hombres con la convicción y la voluntad de seguir adelante”*

Este es el principal legado del Dr. Ronco: una pléyade de discípulos diseminados por todo el país, en instituciones que el mismo ayudó a crear y consolidarse.

El Ing. Enrique Rotstein, fundador de uno de los Institutos de Investigación en Ingeniería Química más prestigiosos de la Argentina, cuenta: *“Yo había oído decir que el Dr. Ronco era un hombre de gran vocación científica y amplia generosidad. Concerté una visita (año 1963) y fui a verlo, pensando para mis adentros que esa conjunción de vocación y*

*generosidad era demasiado buena para ser cierta. Con gran asombro me encontré con un hombre amable y modesto, que reunía esas virtudes y muchas más. Nunca me había visto pero puso a nuestra disposición su programa, sus colaboradores, sus recursos materiales. Me acuerdo que, volviendo a Bahía Blanca y contando a los “plantígrados” del PLAPIQUI (Planta Piloto de Ingeniería Química-UNS-CONICET) que **Argentina Año Verde existía y tenía un laboratorio en La Plata!**”.*

Argentina Año Verde todavía existe y tiene varios laboratorios en el País. En ellos sigue vivo el espíritu del Dr. Ronco.

La Academia de la Ingeniería de la Provincia de Buenos Aires, haciendo honor y justicia al concepto más puro de “ingeniero”, posee un sitio con su nombre, sitio que elegí ocupar por dos razones: el sentimiento de estar siendo custodio del honor de un hombre de honor y el sentimiento de agradecimiento a quien tuvo mucho pero mucho que ver con mi orientación hacia la Ingeniería y con las satisfacciones que el ejercicio de esta profesión me ha dado durante toda mi vida.

¡Ingeniero Jorge Juan Ronco, presente!

Académico Titular Ing. Héctor R. Demo.